

JOAQUÍN COSTA: *La tierra y la cuestión social* (Edición crítica, estudio introductorio y notas de Cristóbal Gómez Benito y Alfonso Ortí), CIS-BOE, Madrid, 2009, 548 págs.

*Leer a Costa desde Costa:  
la imperfección hermenéutica y la cuestión social agraria*

Como nos tienen acostumbrados desde hace ya dos décadas, Cristóbal Gómez Benito y Alfonso Ortí, probablemente dos de los mejores conocedores de la magna obra de Joaquín Costa, vuelven a la palestra para ofrecernos un nuevo trabajo del prolífico aragonés: *La tierra y la cuestión social*. Quienes piensen que se trata de una reedición crítica del texto de idéntico título que en 1912 publicara Tomás Costa, su hermano, se equivocan, pues en esta ocasión ambos especialistas han dedicado su empeño a construir un libro nuevo no sólo por sus inéditos contenidos —tres escritos: «Catastro» (1869), «La cuestión de la pro-

piedad» (1870-71) o «Viriato y la cuestión social en España en el siglo II antes de Jesucristo» (1895)—, sino sobre todo por la hipótesis teórica que sustenta la compilación y da sentido al resto de la obra del aragonés.

En efecto, porque si el libro de 1912 fue compuesto de manera arbitraria por el hermano de Costa, incorporando notas propias, textos costianos ajenos al tema agrario e incluso piezas de otros autores, produciendo así numerosas contradicciones, Gómez Benito y Ortí, buenos conocedores de los nocivos efectos epistemológicos de la versión anterior, han emprendido la ardua labor heurística de armar un nuevo libro con una treintena de escritos que arrancan en 1868 para concluir en 1909, esto es, desde la Revolución Gloriosa hasta la Crisis del 98, pasando por la Primera República y la Restauración. Pero no se confunda el lector, porque esta nueva compilación no tiene como origen la inquietud del anticuario. Procede por el contrario de la preocupación hermenéutica, poco habitual entre los historiadores de las ideas, por reconstruir el sentido profundo que vertebró el conjunto de la obra costiana. Tal y como se plantea de manera explícita en el extenso estudio introductorio, de lo que se trata es de entender a Costa desde el propio Costa aislando las «posiciones básicas» de un pensamiento que, aunque experimentó una «evolución consecuyente» debido a «cambiantes circunstancias de cada situación histórica», mantuvo su «unidad orgánica interna».

¿Y cuáles son esas ideas básicas? Pues las que se encierran en la *cuestión social agraria*, esto es, el conjunto de desequilibrios estructurales que según el aragonés afectaban al campo español desde la segunda mitad del siglo XIX y la primera década del XX y cuyo origen radicaba en el derrotero «individualista» que había tomado la revolución liberal en España. Todos los textos compendiados y ordenados cronológicamente en *La tierra y la cuestión social* tienen como objetivo destacar la hipótesis más que plausible de que la desigual distribución de la tierra, con la consabida concentración latifundista —derivada del mundo premoderno y de la injusta desamortización de los bienes eclesiásticos y municipales—, y la política económica centrada en el cereal de secano —inviabile para el desarrollo de una agricultura moderna—, fueron las principales causas socioeconómicas de la dependencia política de los labradores y jornaleros en favor de las oligarquías locales y nacionales. Para Costa había que abordar con urgencia la cuestión social con el fin de evitar que el creciente «proletariado» condujera a los españoles a entrar en una «guerra de clases» de resultados inciertos.

Todo el libro está armado para demostrar la continuidad de este diagnóstico y prognosis desde el joven al viejo Costa, —distinguibiles únicamente por la creciente virulencia de su crítica y su gradual escepticismo— y para apuntalar la idea de que la cuestión social agraria es la que da sentido al resto de la extensa obra del aragonés. Porque, según Gómez Benito y Ortí, los trabajos políticos o jurídicos de Costa tienen como base esta problemática cuya solución radicaba en la intervención de un Estado verdaderamente democrático que ganara adeptos mediante la redistribución de la tierra, ya fuera a través de la expropiación

forzosa o de la recuperación de viejas costumbres consuetudinarias de explotación colectiva. Tal acción redistributiva debía complementarse además por otras políticas socioeconómicas tales como la gestión hidráulica —que pusiera en valor el reparto de tierra— y el control catastral de la propiedad territorial —que facilitara la obtención de crédito a los campesinos—. En suma, un programa dirigido a crear un tejido de familias de labradores independientes de las caciquiles redes locales y nacionales y, consecuentemente, a democratizar el campo, base crucial donde asentar una republica saludable y evitar una guerra civil como las que habían assolado España durante el siglo XIX.

Desde esta perspectiva, Costa parece el ejemplo español más acabado de quienes se sentían defensores de un suerte de *oeconómica*, esto es, la ciencia de la casa, entendida ésta como la gestión extra-mercantil de los recursos personales y materiales de una unidad familiar. Una institución que defendería arduamente con su habitual retórica en el Congreso de agricultores de 1881: «*Entonces, la casa y el campo serán un verdadero reino, y el labrador dentro de él soberano, rehaciendo la poética leyenda del Paraíso*». Como otros muchos europeos críticos con el liberalismo doctrinario, el aragonés parece mirar hacia el pasado premoderno en busca de soluciones con las que apaciguar las convulsiones del presente o con las que diluir los malos pronósticos para el futuro. Sin embargo, el *labrador* imaginado por el aragonés en los textos recogidos en *La tierra y la cuestión agraria* poco tiene de antiguo. Más bien parece una paradigmática ilustración del mundo de los «modernos», con su concepción del espacio como naturaleza instrumental y cosificada, su idea del tiempo como desenvolvimiento lineal y progresivo de los acontecimientos, con su antropología individualista y racional y, especialmente, con su noción de lo social y la política según la cual cabe actuar sobre la sociedad porque ésta es un artificio humano susceptible de ser modificado. Si Costa se definió en sus últimos años de vida como «*un labriego aragonés forrado en intelectual*», habría que preguntarse hasta qué punto aquella *apariencia* intelectual había permeado su *esencia* labriega tras años de aculturación en sus diversas estancias en ciudades como Madrid. O planteado en otros términos, ¿hasta qué punto Costa fue el resultado de un proceso, siempre continuo y contradictorio, de hibridación cultural?

Considerado así, ¿cómo podríamos estudiar a Costa desde el propio Costa? ¿A qué Costa nos remitimos? ¿Al labriego? ¿Al intelectual? Seguramente haya muchas más pertenencias que se nos escapan de un sujeto que, como todos nosotros, fue una retahíla de yoes interpersonales e intertemporales que sólo terminó de completarse cuando murió biológicamente en 1911. Como bien saben los editores de este libro, Costa nos obliga a hablar de él porque forma parte de un pasado que está ahí para contarlo. Sin embargo, con independencia de las razones sociológicas o personales que nos obligan a escribir sobre él en 2010, el problema hermenéutico que se nos presenta es que no tenemos la seguridad de poseer un diccionario extrahumano con el que interpretar al aragonés

y su obra de una vez por todas. Sólo podemos interpretarlo desde el interior de las inconclusas comunidades hermenéuticas a las que hoy pertenecemos.

En un libro que mantiene el difícil equilibrio entre la búsqueda del pensamiento costiano y la aceptación de un Costa mutable, a veces se dejan entrever veleidades «canonizadoras», entendidas éstas como la pretensión de converger hacia una lectura definitiva de una determinada obra hasta el punto de convertirla en un clásico, esto es, un libro que pudiera trascender el tiempo y el espacio para erigirse en interpretación soberana. También resulta llamativa la apropiación del aragonés a través del estereotipo de «sociólogo histórico», cuando otros podríamos considerarlo como un ejemplo bien ilustrativo de «historiador social». A fin de cuentas, el problema de contar la historia de Costa y su pensamiento, como la que cualquier otro personaje del pasado, es que siempre lo hacemos al precio de crear estereotipos que, aunque no sean falsos, siempre son incompletos. De la misma manera que Joaquín Costa interpretó la realidad de su época, nosotros también somos observadores imperfectos que interpretamos sus textos —en este caso los recabados por Gómez Benito y Ortí— de manera diversa e incompleta. Y es más que probable que, dependiendo de las distintas miradas hermenéuticas, se compongan en el futuro otras versiones de *La tierra y la cuestión social*.

Con todo, los editores de esta brillante compilación parecen apostar por la apertura interpretativa al informarnos oportunamente de que estamos ante «un nuevo libro» y no ante «el libro». Lo que ocurre es que la tentación por la clausura vuelve a colarse en este difícil equilibrio entre cierre y apertura interpretativa, en esta ocasión cuando Costa deja de ser el sujeto observado para convertirse en observador que dictamina sobre la supuesta realidad de la España agraria del siglo XIX. Y es que por mucho que nos empeñemos, la situación del campo descrita por el aragonés en sus textos es sólo una interpretación tan imperfecta como su(s) propia(s) identidad(es). Lo queramos o no, el tiempo del pasado es el presente —como nos recuerda Paolo Virno—, de manera que la lectura hecha por Costa del campo español, de sus costumbres perdidas en el transcurso de una revolución burguesa fracasada, de su desigualdad históricamente heredada, es tan epistemológicamente frágil como lo es nuestra lectura de la obra y vida del aragonés.

Pero dicho esto, volvamos a las virtudes de un libro «creado» por quienes nos han demostrado con creces que no hace falta ser un historiador profesional para visitar el pasado con una sensibilidad hermenéutica inusual en las facultades de historia. Que el pensamiento de Costa o su descripción de la España agraria sean interpretaciones no es una mala noticia. Implica solamente reconocer que hay una radical alteridad en el pasado que nos obliga a crear nuevos puentes hermenéuticos para tratar de comprender el sentido de los hechos y vidas, especialmente cuando entre los habitantes del pasado y nosotros se han quebrado tantas tradiciones culturales sobre todo durante el franquismo, como denuncian con gran acierto Gómez Benito y Ortí en su introducción a *La tierra y la cuestión social*.

En todo caso, la mejor noticia es que aunque Costa muriese en 1911, sigue vivo en las diversas interpretaciones que de él continuamos haciendo. ¿Labriego o intelectual? ¿Costa esencial o aparente? Es hora de pasar página a estas dicotomías epistemológicas que tantos debates inútiles —y a veces sangrientos— han suscitado y dedicarnos, como hacen Cristóbal Gómez Benito y Alfonso Ortí, a escribir «nuevos libros» aunque sea un supuesto muerto, Joaquín Costa, quien los firme.

*Jesús Izquierdo Martín*  
Universidad Autónoma de Madrid

: